

**Ensayos**  
**355**



ALEJANDRO LLANO

# Olor a yerba seca

Memorias



ENCUENTRO

© 2008  
Alejandro Llano  
y  
Ediciones Encuentro, S. A., Madrid

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - [www.o3com.com](http://www.o3com.com)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro  
Ramírez de Arellano, 17-10.<sup>a</sup> - 28043 Madrid  
Tel. 902 999 689

[www.ediciones-encuentro.es](http://www.ediciones-encuentro.es)

**A María Elena, Estela y Cristina**



# ÍNDICE

Prólogo .....	9
Entradas en la caverna .....	15
Rastros de una guerra .....	27
La víctima propiciatoria .....	41
Las chicas de la playa .....	55
Primera conversión .....	73
Ricos y pobres .....	88
El hombre elocuente y la mujer sabia .....	108
Segunda conversión .....	127
El símil del pecho .....	147
En el umbral de la Universidad .....	161
Filosofía susurrada .....	173
Cuestión de procedimiento .....	188
El rey y el comendador .....	206
Las veladas de Cercedilla .....	220
Luz y teoría .....	235
Rebelión estudiantil .....	252
Oficial de infantería .....	270
Por la vía de la investigación .....	287
La fabricación de una tesis .....	302
Por un solo justo .....	319

Pan y circo .....	335
Acosado .....	351
La segunda fiesta nacional .....	363
Sosegaos .....	383
Sanfermines sangrientos .....	396
Por el camino de Wittgenstein .....	415
La nueva sensibilidad .....	430
En el corazón del imperio .....	449
En primera línea .....	465
Historia de un socialista .....	482
Un filósofo con ángel .....	495
Confesiones de un universitario .....	510



## PRÓLOGO

Dice Evelyn Waugh, al comienzo de su autobiografía parcial titulada *Una educación incompleta*, que sólo cuando se ha perdido ya toda curiosidad acerca del futuro alcanza uno la edad idónea para escribir una autobiografía. La comparación con un escritor a quien admiro sería pretenciosa por mi parte. Pero, en todo caso, he de advertir que los retazos de memorias que ofrezco aquí a mis posibles lectores no son, ni de lejos, una autobiografía. Por eso me atrevo a escribir estos recuerdos parciales cuando todavía no se me ha apagado del todo la chispa de curiosidad por el futuro.

Menos aún constituye este libro una biografía intelectual, de esas —excelentes algunas— que publican últimamente ilustres profesores universitarios. Dudo mucho de que mi tarea filosófica pudiera narrarse como una historia. Nunca he pretendido que fuera así, ni lo hubiera conseguido si me lo hubiera propuesto. Recuerdo que, en una ocasión, me encontré en una universidad de verano con Esperanza, más conocida como Finita, que había sido alumna mía en Valencia y había ganado hacía poco una cátedra universitaria de ética y filosofía política. El seminario en el que ambos íbamos a participar trataba de cuestiones de moral tanto personal como pública. Finita me acogió muy cordialmente —siempre nos

hemos llevado bien— pero me reprochó que, desde la metafísica, me propusiera invadir su área de conocimiento. Intenté tranquilizarla, diciéndole que era sólo una incursión veraniega y que regresaría pronto a mi ontología y a mi teodicea. Pero no estaba en absoluto de acuerdo con ella. En ningún campo del saber, y mucho menos en filosofía, hay demarcaciones de las que no se pueda salir o en las que uno no deba entrar. Mi maestro, Antonio Millán-Puelles, solía divagar en clase sobre todo tipo de temas. A veces, cuando lo advertía, se excusaba con una expresión castiza:

—Me he ido por los cerros de Úbeda.

Pero una vez le vi recapacitar y añadir matizando lo anterior.

—...aunque en filosofía todo es Úbeda.

Cualquier hombre o mujer puede atribuirse la sentencia del sabio latino: «Nada de lo humano me es ajeno». En mi caso, el motivo de la diversidad temática de lo que he escrito y, en definitiva, de mis continuas divagaciones intelectuales no es la sabiduría sino precisamente la curiosidad. Si le doy muchas vueltas a un tema y pienso que ya le he sacado el grueso de su jugo, comienzo a aburrirme. Cuando, en tal tesitura, leo o escucho algo que reúne la doble condición de ser nuevo y parecer interesante, dejo de lado el viejo tema y me lanzo a indagar de qué va lo que acabo de descubrir. Esto hace que mi trayectoria intelectual ofrezca, a primera vista, un panorama abigarrado y casi caótico, poco apto en cualquier caso para constituir el objeto de una autobiografía. Si alguien me anima a retomar temas ya estudiados, me acuerdo de lo que me dijo Fernando Inciarte la primera vez que hablé con él. Había publicado en alemán un excelente artículo sobre Xavier Zubiri, quien acababa de dar a la estampa su libro *Sobre la esencia*. Le sugerí que tradujera su *paper* al español y lo ampliara hasta que constituyera un breve libro sobre la metafísica que ya apuntaba en el pensamiento de nuestro compatriota. Pero Inciarte me contestó enseguida:

—Ese tipo de tareas me evocan la sentencia evangélica: Volvióse el perro a su vómito y la cerda, ya lavada, se tornó a revolcar.

¡Qué asco! Una versión más suave se la oí a Robert Spaemann. Durante unas reuniones filosóficas en la Universidad de Navarra, él daba su conferencia inmediatamente después de la mía. Yo le citaba y le seguía en puntos importantes de mi ponencia. Cuando terminé y él se disponía a comenzar su discurso, se me acercó:

—Llano, no se quede usted a mi lección. Son viejos sombreros (*alte Hüte*) que usted ya conoce.

Por supuesto, allí me quedé. Y le escuché pensamientos que me parecieron recién salidos de su mente. Además de que volví a valorar su humildad intelectual: el hecho de que yo me inspirara en él, lo presentaba como si fuera él quien iba a proponer tesis que yo ya sabía.

Y aquí viene la otra cara de la moneda. Porque, por mucho que uno haga de saltimbanqui, siempre acaba volviendo a lo mismo. «Donde comiences —decía Hölderlin—, allí permanecerás». Lo cual viene a ser un eco de la descripción que Aristóteles hace del conocimiento intelectual como un «avance hacia sí mismo». Retornando a mi modesto caso, la serpiente multicolor de mis ocurrencias, mirada con mayor detenimiento, pierde tonalidades y palidece, hasta ofrecer un tinte homogéneo y más bien gris. Motivo de más para no intentar narrar el curso de mis cogitaciones, que quizá ofrecieran un aspecto a la vez desordenado y monocromático.

No he perdido la curiosidad, aunque —con el paso de los años— la promesa de un futuro mágico me suene a ingenuidad o deseos de fascinar al paleta, si es que alguno queda. Aunque tampoco llego al cinismo (o la lucidez) del citado Waugh: «¡El futuro, la más lóbrega de las perspectivas, si no la más tediosa!». No me siento obligado a alabar todo lo que sucede, por el único motivo de su facticidad, y menos aún cuando se empeñan los poderosos en

que ocurra caiga quien caiga. Cuando las autoridades educativas del país proponen la enésima ley universitaria, que a cualquier mediana inteligencia se le aparece como contraproducente y anunciadora de un nuevo descenso de la calidad de la enseñanza, me conmueven quienes proclaman, a la letra: «Presenta problemas, pero es una oportunidad y un reto». Que Dios bendiga su candidez o reproche su conformismo.

Si ser optimista consiste en llamar bueno a lo malo, entonces soy un esperanzado pero no un optimista. Se lee en Ezequiel: «Busqué un hombre que estuviera en la brecha, en defensa de los hombres, y no lo hallé». Me entra la risa cuando cito algo tan serio. Porque recuerdo ahora que, al hacer la *laudatio* de la profesora Elizabeth Anscombe como nueva doctora *honoris causa* de la Universidad de Navarra, intenté adaptar esta referencia bíblica a su caso, y hablé de ella como una mujer que está siempre en la brecha, en defensa de los hombres. La mayoría de los alumnos que no tenían cabida en el Aula Magna, seguían la ceremonia por un circuito cerrado de televisión. Llegados a este punto —era la primera mujer que recibía en nuestra universidad un doctorado honorífico— las chicas prorrumpieron en aclamaciones a la discípula de Wittgenstein y en burlas a sus compañeros, que a partir de entonces necesitarían protección femenina.

Otra cita, menos solemne, que viene al caso es la de un poema de Miguel Hernández: «Nunca medraron los bueyes en los páramos de España». Creo que, si algo destaca en estos recuerdos míos, es la preocupación por el destino de la patria. Jamás me he considerado un patriota, por aquello de que la última razón de la gente vil es precisamente el patriotismo, con el que ya me castigaron los oídos durante mi infancia y primera juventud. No se trata, como cantaba Raimon, de ir detrás de viejos tambores, ni de ondear banderas adaptadas a las circunstancias. Se trata de sufrir por el deterioro ético y cultural de «la espaciosa y triste España», que hoy

vuelve a hacer buena la frase de Fray Luis de León. Desde que tengo uso de razón política, me ha desazonado la despreocupación por la cosa pública de gran parte de los españoles. Nuestra ancestral tendencia anarcoide sigue presente. Y la valoración de la vida intelectual y científica apenas consigue remontar. Creo que éste es un motivo central de mi dedicación a la universidad y a la filosofía, y no a la práctica política, la cual —sin un apoyo en ideas realistas y sólidas— me parece un juego de poco provecho. Menos mal que, aunque no tenga buen señor, el español acaba por ser un buen vasallo, gracias a lo cual hay cosas que van mejorando, por más que otras empeoren a ojos vistas.

En lo que sigue, he recurrido mucho a la memoria y casi nada a la imaginación. Aunque apenas he consultado documentos escritos, porque el marco general está ya registrado en los libros de historia o en las hemerotecas, todo lo que cuento es verdad o, al menos, así me lo parece. Únicamente me invento algún aspecto decorativo, procurando que resulte verosímil de acuerdo con el lugar y la época. No voy contra nadie y he procurado no molestar a ninguno, por lo cual he prescindido de narrar acontecimientos de los que pudieran derivarse consideraciones personales desfavorables. Vaya por delante mi petición de disculpas a quien, por motivos que mi tosquedad haya pasado por alto, se sienta de algún modo inadecuadamente tratado. Me parece patética esa declaración que se ha puesto últimamente de moda: «No me arrepiento de nada». Porque indica nula capacidad de autocrítica y escasa cintura para rectificar. Por mi parte, me arrepiento de muchas cosas y confío en el perdón de no pocos y en la misericordia de Dios.

En un momento de estas páginas recojo algunas de las últimas palabras que Ludwig Wittgenstein dirigió a su discípula predilecta: «Beth, he buscado la verdad». Ojalá pudiera decir yo lo mismo, aunque sea en un tono más bajo y con un alcance más

corto. Lo que sobre todo quisiera mostrar en esta primera entrega de mis memorias es mi torpe intento de unir existencialmente la indagación de las verdades filosóficas y la búsqueda de quien es Camino, Verdad y Vida. Los antiguos cristianos llamaban filosofía a la vida cristiana. Yo no confundo la una con la otra, pero estoy convencido como ellos de que el cristianismo es la *vera philosophia*.

## ENTRADAS EN LA CAVERNA

Escarbar en las estrecheces y amplitudes de la memoria me parece en este momento, cuando comienzo la extraña tarea de reunir los recuerdos de una vida, algo semejante a entrar por la boca de una caverna y avanzar, primero hacia la penumbra, y después hacia una oscuridad rota sólo por el haz de una linterna o la lumbré vacilante de un cabo de vela. Así entrábamos, durante los años de mi infancia y primera juventud, en las cuevas que quebraban con extraña frecuencia la superficie fresca de los campos y colinas que hasta hoy rodean la casa familiar. Se llama Villa Rosario, en honor a mi abuela materna. Su marido, Ramón Cifuentes, la había construido en 1903, según decía un arco azul de hierro forjado que presidía la puerta principal del jardín. Cuando la familia creció —eran en total ocho hermanos— mi abuelo añadió otra ala a esa casa que, tras su fallecimiento y el de su esposa, Rosario Toriello, pasó a ser propiedad de su hija Estela Cifuentes Toriello, mi madre. Ella misma convenció a mi padre, Antonio Llano Pando, para llevar a cabo en los años cincuenta una profunda reforma, con el fin de modernizarla y hacerla más cómoda, sin que perdiera su aire de casa señorial asturiana. De hecho, la dedicación y el buen gusto de mi madre la fueron transformando en una de las mansiones más representativas de toda aquella zona, de tal manera

que hoy aparece en algunos libros costumbristas y catálogos de turismo.

Villa Rosario es hoy una casa de dos pisos y un ático, propiedad actualmente de mi hermano Ignacio. En la primera planta, están los servicios y las zonas comunes. Lo más llamativo es un amplio comedor con una cómoda de estilo vagamente neogótico, que llega hasta el techo. A la derecha de la puerta principal, cuelga de la pared un ciervo disecado con astas de muchas puntas. Por las mesas de este vestíbulo y del salón contiguo, se distribuyen las fotos que recogen algunos de los momentos presuntamente estelares de la familia: por ejemplo, una de mi hermano Carlos con el Canciller alemán Erhard u otra mía con el Rey Juan Carlos. El segundo piso está ocupado por las habitaciones principales. Hace de distribuidor una galería que se abre al bello paisaje de montaña, con los viejos montes de Moro y la pequeña cordillera pétreo de Santianes al fondo, y la posibilidad —los días claros— de vislumbrar en la lejanía las cumbres geológicamente más recientes de los Picos de Europa, los primeros que veían los navegantes cuando volvían de América. Éste es mi modesto Brideshead, al que retorno ahora muy pocas veces. El solo olor de la casa, del jardín, y de la Huertona, el gran prado que rodea a Villa Rosario, hace que los recuerdos se agolpen en mi memoria.

Aquellos veranos interminables, de más de tres meses, abundosos en lluvia y aburrimiento, estaban cruzados por momentos de exaltación y descubrimientos llamados a llenarme de ilusiones, es decir, tanto de esperanzas como de apariencias. Las vacaciones escolares duraban desde finales de junio hasta comienzos de octubre y, salvo los preparativos del viaje que nos llevaría de Madrid a Asturias y los rápidos trámites antes de volver al colegio, mis hermanos y yo las pasábamos enteras en la aldea donde se alza Villa Rosario. Se llama El Carmen. Es un pueblo muy pequeño situado a cuatro kilómetros de Ribadesella, población del oriente del